



## XLI

**D**E harto mal talante, y á fin de no faltar á la costumbre convertida ya en deber, Juanita acudió á casa de doña Inés para las lecturas y coloquios que ambas tenían á solas.

Aquella tarde no hubo lectura, á pesar de los nuevos libros devotos que doña Inés había recibido.

La agitación de la ilustre señora no le consentía leer ni tratar de nada que no estuviese en inmediata relación con el punto ó que no fuese el punto mismo que la traía tan inquieta y azorada.

Lo que hizo doña Inés fué extremarse con Juanita en demostraciones de cariño. Ella misma se calificó de pastora y apellidó á Juanita inocente cordera, dándole á entender, casi con lágrimas y con entrecortados suspiros, el fundado temor que la afligía de verla entre las uñas y los dientes del lobo. Persistiendo en su metáfora pastoril, exclamó:

—Sí, hija mía; mi dolor sería inmenso si por

imprevisión y descuido te dejase yo caer entre las garras de la infame bestia que anhela devorarte y viese el cándido vellón de la cordera teñido en sangre y manchado con la impura baba del mónstruo. Es menester que yo te defienda y te ponga en salvo. Por mí sola no puedo vigilar-te. Lo que puedo hacer y haré es conducirte pronto al redil, donde irás dócil y estarás segura. No acierto á encarecer, ni tú acertarás á figurarte cuán inmenso será mi sacrificio al separarme de tí, porque eres mi consuelo y mi encanto. Pero Dios quiere que nos separemos, y tendré que conformarme con su voluntad.

Juanita, más sorprendida que asustada, abría mucho los ojos y no sabía qué responder ni qué pensar de todo aquello. Seguía silenciosa y sólo decía para sí.

—¿Qué monstruo será este que según doña Inés trata de devorarme? ¿Sabrá ella que don Andrés me persigue y me solicita, y le llamará por eso mónstruo é infame bestia? Como quiera que ello sea, yo no me atrevo aún á decirle que no me da la gana de ir al redil y que fuera de él, y sin pastora ni nada, ya cuidaré de que no me coma el lobo. Lo mejor, por lo pronto, es callarme y aguantar sus majaderías. El redil está lejos aún y ya tendré ocasión de sublevarme, de arrancar el cayado de manos de la pastora, y hasta de sacudirle con él si se obstina en guiarme y en disponer de mí á su antojo.

Con esta bien meditada resolución, Juanita no respondía sino con gruñiditos dulces y con tér-

minos vagos á los apasionados discursos de su bella amiga y protectora.

La paciencia de Juanita iba, sin embargo, agotándose. Bien podríamos asegurar que á Juanita no le quedaba ya paciencia ni para veinticuatro horas. Mucho le dolía no sacar al fin la menor ventaja de su sufrimiento y de su disimulo durante año y medio, y tener que retroceder al estado de guerra y á la situación en que después del sermón del padre Anselmo se había colocado. Por esto determinó sufrir aún y esperar hasta el siguiente día.

Después de despedirse de doña Inés, á las siete de la noche, para volver á su casa, Juanita se encontró en la antesala con el Sr. D. Alvaro, el cual vino hacia ella con suma galantería y le dijo:

—Ingrata, cruel hechizo de mi vida, ¿porqué eres tan tonta y tan terca? Quiéreme y amánsate. No sabes lo que te pierdes con no quererme.

—¿Qué he de perder yo, so peal?—contestó Juanita dándole un bufido, porque allí no había la menor razón para que ella refrenase su cólera.

Bajó las escaleras, y antes de salir á la calle se encontró en el zaguán con D. Andrés, que estaba aguardándola en acecho y que intentó retenerla asiendo su cintura.

Con ligereza se escapó Juanita sin que D. Andrés la tocara, y se puso en la calle de un brinco. D. Andrés la siguió.

—Déjeme en paz V. E.—dijo ella;—no sea pesado, no sea imprudente. Mire que puede salirle mal este juego.

—¡Hola, holá! ¿Te me vienes con amenazas?

—No son amenazas: son advertencias amistosas, Sr. D. Andrés. Yo no pretendo asustarle, sino persuadirle de que tiene ya dueño lo que V. E. pretende poseer por un liviano capricho ó por el antojo de un momento.

—No quiero yo—replicó D. Andrés con insolencia—privar al dueño de su propiedad. Imagínatela como un hermoso jardín. ¿Dejará de ser suyo y perderá el jardín su lozanía y sus primores porque un forastero de buen gusto y sigiloso entre en él por algunos momentos ó de vez en cuando y goce de sus flores, de su verdura y de sus galas?

—Sr. D. Andrés, el jardín de que aquí se trata no tiene verdura, ni flores, sino para su amo. Para los demás, sin excluir á V. E., sólo tiene ortigas, aulagas, cadillos y cardos ajonjeros. Con que así no sueñe V. E. con entrar en él para deleitarse, porque se expone á quedar preso y pegado con el ajonje, y á salir respingando, picado por las ortigas y todo cubierto de pinchos y de púas.

Mientras hablaba así y mortificaba á D. Andrés, Juanita apretaba el paso, y cuando estuvo ya cerca de su casa dió una carrerita, llegó á ella, abrió á escape con la llave que guardaba en el bolsillo y cerró la puerta de golpe.

Tratando de distraer su mal humor, Juanita se puso á coser con precipitación, como si tuviese que terminar una tarea.

Rafaela, la vieja criada, entraba y salía con frecuencia en la sala baja donde se hallaba Jua-

nita; y abandonando la cocina dejaba ver que tenía mucha gana de enredar conversación con la joven. Le habló varias veces, pero distraída Juanita por sus pensamientos, sólo respondía con monosílabos, sin dar pábulo á la conversación, y la conversación espiraba.

Rafaela se quedó una vez mirando en silencio la costura de la joven, y luego dijo:

—Ay, niña, qué pena me da de verte tan afanada trabajando siempre! Tu madre también trabaja mucho. ¿Y qué ganan ustedes con esto? Muy poco. El trabajo de las mujeres está muy mal pagado. Es casi imposible el ahorro. Lo comido por lo servido. Vienen las enfermedades y la vejez y traen consigo la miseria. Entonces solemos arrepentirnos de no haber sabido aprovechar la juventud y de haber desperdiciado las buenas ocasiones.

—Veo que estás muy sentenciosa, Rafaela, —interpuso Juanita.—¿Qué quieres indicarme con eso?

—Pues quiero indicar que tú vives con mil apuros, te cansas la vista y te estropeas las manos trabajando, y dejas que tu madre trabaje también como un azacán. Y todo, ¿para qué? Para vivir pobremente, comer mal y andar por esas calles hecha un guiñapo, cubierta la cabeza con un mantoncillo de mala muerte, cuando, si tú quisieras, podrías ir vestida como una reina y ser la envidia de las más encopetadas y ricas señoras de este lugar, sin que la propia doña Inés dejara de contarse en el número de las envidiosas.

—¿Y cómo he de hacer yo ese milagro?—preguntó Juanita.

—Nada hay más fácil—contestó Rafaela.—Estamos solas, y te hablaré sin rodeos. Hay un hombre, el más poderoso del lugar, que se pirra por tus pedazos. Con tu sandunga le tienes embobado, y con tu desdén le tienes frito. Todo depende de tí. Deja de ser arisca, pronuncia una sola palabra, y tendrás cuanto quieras.

Disimulando su enojo con una sonrisa, dijo entonces la muchacha:

—¿Y qué palabra es esa que he de pronunciar? ¿Qué conjuro es ese que ha de poner en mis manos por arte mágica tan pasmosas riquezas? ¿Quién es el hechicero que acudirá á mi evocación y que será tan generoso conmigo?

—Pues, quién ha de ser, niña—contestó Rafaela, animada al ver ó al imaginar que se recibían sin enojo sus insinuaciones.—Quién ha de ser sino el propio Excmo. Sr. D. Andrés Rubio?

—¿Y por dónde lo sabes tú? ¿Quién te encomendó que me vinieses con ese recado?

—Me lo encomendó... nada más natural... el confidente de D. Andrés. Me lo encomendó Longino.

—Ahora lo comprendo: como Longino es tan bromista ha querido darnos una broma; porque supongo que no me tomará por Cristo ni pensará en darme una lanzada.

—Ni lanzada ni broma. Longino te mira con el mayor respeto porque eres el ídolo de su se-

ñor y pretende con toda seriedad que recibas á su señor en tu santuario.

—Pues mira, Rafaela—contestó Juanita—dí á Longino con toda seriedad también, que es un galopín sin vergüenza, y que él y su amo se vayan á escardar cebollinos.

—No te alteres hija; no te subas á la parra—dijo Rafaela al ver enojada á Juanita.—Qué se pierde ni qué ofensa se te hace en tentar el vado?

—Mejor será que tiente usted al diablo, tía bruja. Arre, fuera de aquí: montese usted en el escobón y trasponga al aquelarre.

—No es para tanto furor. Yo te lo proponía por tu bien y sin interés alguno. De desagradecidos está el infierno lleno.

Rafaela se fué á la cocina refunfuñando.

Juana volvió poco después de casa del cacique.

Juanita siguió guardando silencio sin decirle nada de lo ocurrido.

Aquella noche estuvo Juanita inquieta y desvelada. Su orgullo, en su sentir humillado, le hería el corazón y no la dejaba dormir. ¿Con que no podría ella, por sí misma y libre, hacerse respetar? ¿Sería menester acudir á D. Paco para que la defendiera comprometiéndose? ¿Tendría razón doña Inés en aconsejarle que fuese monja? ¿Eran tan viles sus antecedentes que no podría ella ser estimada y acatada sino bajo la protección y tutela de un hombre generoso que le tendiese la mano y la sacase del fango en que al parecer había vivido?

Estas y otras semejantes reflexiones atormentaban

taban horriblemente á la muchacha y espoleaban su soberbia.

Triste y ojerosa se levantó apenas fué de día.

Dos ó tres horas estuvo cavilando, rabiando y formando distintos proyectos.

Varias veces pensó en ir á ver á D. Paco, á quien había prohibido venir á verla hasta las diez y media de la noche, y á quien se había propuesto no ver antes. Pensó contarle la insolente pretensión de D. Andrés para que D. Paco le tuviese á raya; pero pronto desistió de tan cobarde propósito.

Al fin, como Juanita era muy devota, tomó su mantón y se fué á rezar á la iglesia, esperando encontrar allí inspiración y consuelo.

Juana se había ido ya de nuevo en casa de don Andrés á continuar en sus ocupaciones culinarias y en sus preparativos de la gran cena.

No ya esta vez en la iglesia de la Soledad, que está en lo alto del cerro, sino en la nueva parroquia, antiguo convento de Santo Domingo, donde fué tan maltratada por el sermón, Juanita estuvo rezando fervorosamente, durante mucho tiempo.

Al salir de la iglesia para volver á su casa, se encontró con Longino de manos á boca. Longino se acercó á ella, la saludó con socarrona finura y le dijo en voz baja, casi al oído:

—No sea usted tan dura y tan sin entrañas. No deje morir á quien se muere por usted de mal de amores. Déle la cita que humildemente le pide.

Juanita dió un paso atrás como quien se aparta de objeto que le inspira asco y lanzó á Longino una mirada de soberano desprecio.

Longino no la comprendió.

Después, con todo el sosiego y con toda la frescura de quien ha tomado una resolución firme y sabe lo que dice y lo que hace, Juanita contestó:

—Diga usted á su amo que le aguardo esta noche, en mi casa á las ocho en punto. Rafaela abrirá la puerta. Yo estaré sola en la sala alta.



## XLII

**D**ON Paco pasó varias veces aquel día por la puerta de la casa de Juanita; pero no se atrevió á entrar en ella antes de la hora convenida.

Aunque Juanita le vió, no quiso llamarle, ni hablarle, tal vez por temor de revelar involuntariamente cosas que quería tener calladas.

Hasta las cuatro de la tarde estuvo sin salir de casa, cosiendo con la mayor tranquilidad.

Entonces llamó á Rafaela y le dijo:

—Oye, Rafaela: he mudado de opinión. Tus razones me han convencido. Esta noche recibiré al Sr. D. Andrés. Ya está avisado, y creo que no faltará. Está á la mira tú; ábrele, si es posible, antes de que llame, y dile que suba á la sala alta, donde yo le aguardo. Tú no subirás ni acudirás, suceda lo que suceda. Hasta que no vuelva mi madre ha de parecer como si no hubiese na-

die en esta casa sino yo y el Sr. D. Andrés. ¿Me has comprendido?

— Te he comprendido y haré como lo dices— centestó Rafaela.

En seguida se marchó Juanita á pasar la tarde con doña Inés, según tenía de costumbre.

Con gran devoción y serenidad leyó á su madrina no pocas devociones y rezos propios de la Semana Santa en que estaban.

Quiso en seguida doña Inés preparar y adoc-trinar á Juanita para el monjío, y echando mano á las obras del padre maestro Juan de Avila, á que ella era muy aficionada, le leyó, con comentarios y anotaciones de su cosecha, párrafos y aun capítulos enteros del muy edificante tratado que el mencionado padre escribió para una monja, explanando profusamente aquellas palabras del santo rey David, que dicen: *Oye, hija, è inclina tu oreja y olvida tu pueblo y la casa de tu madre* (aquí ponía doña Inés *madre* en vez de *padre* para que viniese mejor á cuento) *y codiciará el rey tu hermosura*. Claro está que este rey era Cristo, con quien quería doña Inés que Juanita se desposase.

En extremo alabó y ponderó doña Inés los elevados pensamientos de Juanita; pero añadió que á pesar de esos pensamientos elevados, podían brotar en su alma imaginaciones feas de cuyas importunidades y peligros debía defenderse.

El engreimiento y la soberbia son muy malos, enojan mucho al cielo, y tal vez hacen que el cielo, para castigarnos, para humillarnos ó para pro-

barnos mejor, permita que los enemigos del alma le den feroces ataques en la parte baja, mientras que su porción elevadísima se cree punto menos que glorificada y en íntimos coloquios y en unión estrecha con lo divino. Así Moisés, para ejemplo de esto, se hallaba en la cumbre del Sinaí conversando con el Altísimo, y la plebe entre tanto se le alborotó allá abajo y se puso á adorar los ídolos y se entregó á liviandades y torpezas. En vista de lo cual, doña Inés aconsejó á Juanita que desconfiase de sus bríos, y que no se juzgase muy aprovechada y segura de su poder sobre la plebe sediciosa, ni muy adelantada en el camino de la perfección, pues aunque siguiese el camino, bien podían estar emboscados cerca de él y salirle al encuentro ladrones que intentasen robarle la joya de la castidad. Para la custodia de esta joya, tanto ó más que la fortaleza, importan la modestia y el constante cuidado.

Conviene no desechar el temor de perderla, y conviene huir del peligro, porque quien ama el peligro en él perece.

Como doña Inés era muy elocuente y los puntos susodichos se prestan á variadas amplificaciones, el discurso de doña Inés, interrumpido á trechos por Juanita, más que para cortarle para avivarle, duró hasta después de las siete, que era lo que Juanita deseaba.

Cercana ya la hora en que había citado á don Andrés, Juanita consideró indispensable hacer á su amiga gravísimas revelaciones.

— He oído con la debida atención— dijo la mu-

chacha—todo lo que acabas de decirme, y te confieso que estoy atribulada y amedrentada.

—¿Y cuál es la causa, hija mía, de tu tribulación y de tu susto?

—Pues... fuera vergüenza... á tí, que eres mi guía, debo confesártelo todo. Tus consejos y advertencias de hoy vienen ya tarde. El engreimiento y la soberbia se han apoderado de mí y me han hecho pecar acaso mortalmente.

—¿Y cómo es eso?—interrumpió doña Inés, sorprendida y sobresaltada.

—Te diré la verdad—contestó Juanita.—Yo no he querido huir del peligro, sino buscarle y arrostrarle para triunfar de él. No he querido siquiera considerarle peligro y le he despreciado. Es más, la necia y constante amenaza me ha hecho perder la paciencia, y yo misma, para acabar de una vez, he emplazado, citado y llamado á singular combate al enemigo, que me tiene ya frita y harta de oír sus bravatas y provocaciones.

—No te entiendo, explícate bien; ¿de qué bravatas hablas? ¿Quién es el enemigo que te provoca?

—Es el enemigo un caballero principal, tan audaz como rico, el cual entiende que no debe haber obstáculo que se le oponga ni voluntad que se le resista.

Muy poética y elevada idea daban las palabras de la muchacha del caballero su enemigo; pero doña Inés supuso que la elevación y la poesía eran obra de la imaginación de la muchacha; y despojando el concepto de las mencionadas cua-

lidades, pensó reconocer en él, sin la menor duda, á su marido D. Alvaro, de cuyas pretensiones estaba ya informada por Serafina, y de cuyos atrevimientos andaba recelosa. Por algo á modo de pudor no excitó á Juanita á que pronunciase el nombre del atrevido. Ella creía saberle sin que Juanita le pronunciara.

Inquieta doña Inés, procuró investigar lo que más le importaba y dijo:

—¿Pero qué cita es esa á que aludes? ¿A qué duelo, á qué singular combate te preparas?

—Haré un esfuerzo—replicó la muchacha;—todo, todo lo sabrás, aunque me condenes por audaz ó me tengas por loca. El hombre de que te he hablado me asedia, me acosa, y viene á mí en la calle, en la iglesia y en tu misma casa, y me hace las más insolentes proposiciones. Espera deslumbrarme y seducirme y que le rinda mi albedrío. La fatuidad con que él presume y se jacta de lograr todo esto me ha humillado, me ha vejado y me ha ofendido. Quiero vengarme, y me vengaré. Quiero desengañar á ese hombre, y le desengañaré con el más duro desengaño. Por sí mismo y por medio de viles terceros se obstina en que yo le reciba á solas en mi casa y me pide una cita. Cansada yo de negársela, sin conseguir que desista, que me respete, que forme de mí la opinión que debe y que me trate como se trata á una mujer honrada, he accedido á la cita para que venga y vea y sepa quien soy, y para tratarle como merece.

—¡Animas benditas!—exclamó doña Inés po-

niéndose las manos en la cabeza.—Tú no sabes lo que has hecho. Eso es aventuradísimo. Aunque sepas resistir, aunque no caigas en la tentación ni peques, ¿no ves que te expones á echar tu reputación por los suelos y á que ese malvado seductor te venza, y si no te vence, se vengue de tí deshonrándote y suponiendo que logró lo que deseaba? ¿No adviertes cuán indecoroso es para una doncella conceder esas citas aun cuando sea con el fin de quedar en ellas triunfante? ¿Qué horrores no estará él pensando de tí desde el momento en que le concediste la cita? Es indispensable que le envíes á decir que te arrepientes y que la cita ya no tendrá lugar.

Juanita conoció que el momento era llegado en que tenía que echar á rodar su humildad y obediencia, declarándose independiente de su maestra y amiga y manifestando lo enérgico é indómito de su voluntad, que á nada ni á nadie se doblegaba.

Puesta en pie y yendo hacia doña Inés, le dijo:

—Tú no me conoces todavía. Yo no me arrepiento ni cejo. Bueno fuera que creyese el tal señor que yo había tenido un momento de debilidad y que luego me había arrepentido. ¿No adviertes que de ese modo me confesaba yo culpada, si no del delito, del conato. No, yo no soy débil. Tú te has empeñado en creerme cordera y soy leona. Por el extraño afecto que me has cobrado, me requiebras y crees lisonjearme comparándome á la Sulamita y llamándome suave y graciosa como Jerusalén. Ya verás tú que tam-

bién soy terrible como un escuadrón de caballería que carga á galope sobre el enemigo.

Juanita, cerca ya de doña Inés, la fascinaba, mirándola con ojos felinos, cuya luz roja parecía mezcla de fuego y de sangre.

Luego prosiguió:

—¿Y qué decoro es ese al que me recomiendas que no falte? ¿Quién reconoce ese decoro en la mal nacida como yo, en la hija de una mujer que lava mondongos y hace morcillas para ganar su sustento? Todos me menosprecian, me tratan mal y piensan peor de mí. Hasta ahora lo he sufrido, pero ya se me agotó el sufrimiento. He de ser atroz, si es necesario. En los mismos libros que tú me has hecho leer no se ensalza sólo la servil mansedumbre de Ruth, sino más, si cabe, la ferocidad de Judith, que degüella al capitán de los asirios, y la espantosa hazaña de Jahel, que atraviesa con martillo y clavo las sienes de Sisara.

Notando Juanita que doña Inés se asustaba un poco al verla y al oirla tan bárbaramente bíblica, prosiguió sonriendo:

—Pero no te apures ni te sobrecojas. No será menester tocar en tales extremos: no llegará la sangre al río. Aunque será severa la lección que yo dé, no pasará á ser tragedia, y quedará en sainete.

—Pero ¿qué piensas hacer, hija mía? ¿Qué frenesí es el tuyo?—preguntó doña Inés muy conmovida y cariñosa.

—Ya lo verás si quieres—contestó Juanita.—



Todo lo tengo pensado: mas no has de saberlo como no lo veas.

—¿Y cómo? ¿Y dónde?

—Ven conmigo á mi casa. Sólo faltan algunos minutos para que llegue la hora de la cita. Con tu presencia me infundirás valor.

—Eso ya es otra cosa—respondió doña Inés.

Doña Inés pensó, sin duda, en el rato de gusto que iba á tener contribuyendo á chasquear á don Alvaro, que acudiría muy ufano á la cita y se encontraría en ella á su austera consorte.

En efecto; si el lance pasaba así, más que tragedia sería sainete.

Doña Inés perdió el miedo y sintió la irresistible tentación de ver el sainete y aun de hacer en él uno de los principales papeles.

—Está bien, Juanita—dijo.—Iré en tu compañía y te prestaré mi auxilio. Muy fina prueba de mi amistad te daré con ésto, porque yo también puedo comprometerme.

—Entendámonos—repuso Juanita.—Yo no quiero tu auxilio. ¿Qué mérito tendrá entonces mi victoria? Tú no te comprometerás, porque te quedarás escondida y nadie sabrá que has estado en mi casa. Y tampoco te expondrás á ningún percance porque verás los toros desde el andamio.

—Sí..., pero explícate... no me hagas ir á ciegas... explícate.

—Se va á pasar la hora. Urge ir á mi casa. No hay tiempo para darte explicaciones ni tú las necesitas. Ea, despáchate. Tóma un mantón; échate

tele bien á la cara para que no te la vean. La gente anda embelesada con la procesión que probablemente termina en este momento y no reparará ni en tí ni en mí.

Y hablando de esta suerte, la misma Juanita buscó un mantón, se le puso á doña Inés en la cabeza y llevándola por delante de sí, la empujó y la hizo andar.

Dominada doña Inés por aquella imperiosa criatura, se dejó llevar por ella.

Ambas llegaron á casa de Juanita. Esta, para que Rafaela no viese que entraba en su casa acompañada de otra persona, abrió la puerta con la llave que tenía en el bolsillo.

Las dos mujeres, calladas y de puntillas, subieron á la sala alta.

Faltaban ya pocos minutos para dar las ocho.

La alcoba en que dormía Juanita no tenía más luz que la que entraba por un ventanillo redondo, abierto sobre la puerta de la alcoba que daba salida á la sala. En ésta, y no en la alcoba, donde no había espacio bastante, se lavaba, se peinaba y se vestía Juanita todas las mañanas. En la alcoba apenas había más muebles que la cama, una mesita de noche, un armario para vestidos y tres sillas.

Juanita llevó á doña Inés á la alcoba.

—Tú, subida en una silla, verás por ese ventanuco todo lo que pase. Acaso tengas no poco de que admirarte y de que reírte.

Dicho esto, salió Juanita de la alcoba, y dejó en ella á doña Inés como presa, cerrando de súbito la puerta y echando por fuera la llave.

—¿Qué haces?—exclamó doña Inés.—¿Qué necedad es la tuya? ¿Por qué me encierras?

Juanita contestó riendo:

—Te encierro para estar segura de tu neutralidad. No te quiero por aliada, sino por testigo. Cállate y mira.

Doña Inés, bastante enojada, replicó todavía:

—Ábreme. ¿Tendré que arrepentirme de haberme fiado de tí? ¿Qué burlas son éstas?

—Perdóname, perdóname—dijo Juanita con voz suplicante y dulce.—Tú eres mi madrina, mi protectora, y yo no quiero ni debo burlarme de tí. No dudes que conviene lo que hago. Cállate por Dios. Ten prudencia. Mira y observa sin hablar. Cállate. Oigo ruido. Nuestro hombre ha entrado en casa. Ya sube por la escalera. Chitón. Si él sospecha que hay alguien ahí, darás un escándalo y harás una tontería.

Doña Inés se resignó y se calló.

Pocos segundos después entró D. Andrés Rubio en la sala.



### XLIII

JUANITA no se arrepentía nunca de lo que había hecho, después de haberlo reflexionado bien ó mal; pero si su voluntad era firme y hasta terca, su entendimiento vacilaba y cambiaba á menudo, porque sucesivamente, cuando no al mismo tiempo, veía el pro y el contra de todas las cosas.

Al hallarse en presencia de D. Andrés, la asaltaron dudas y sintió algo como remordimiento.

—¿Hasta qué punto, pensó, me puedo permitir la burla que quiero hacer á este hombre, y hasta qué punto se la tiene merecida? ¿He sido suficientemente acosada para llegar á este extremo?

Como si ella misma se contestase, y sin dar tiempo á que D. Andrés dijese palabra, Juanita habló de esta suerte:

—Perdóneme V. E. Sr. D. Andrés, si le he atraído á mi casa con algo que puede calificarse de engaño. Me pidió V. E. una cita amorosa y yo se la he concedido...